El cruce de los Andes por el Ejército Libertador (Obra inédita)

Brus Leguás Contreras
Historiador
Consejo Nacional de Historia

El cruce de la cordillera de los Andes por el Ejército Libertador en 1817 constituyó una operación de gran envergadura logística y estratégica. Incluso en la actualidad, el desplazamiento de un contingente numeroso a través de ese relieve implicaría dificultades significativas en términos de transporte, abastecimiento y coordinación.

En febrero de 1817, tras una planificación detallada que incluyó el envío de agentes para constatar las condiciones de la cordillera y verificar la cartografía disponible, el general José de San Martín ordenó el inicio de la marcha del núcleo principal de sus fuerzas para ingresar a Chile por el valle de los Patos. Este desplazamiento exigía atender simultáneamente a las características del terreno y del clima, así como a la logística asociada al movimiento de animales de carga con vituallas y armamento; en este contexto, las mulas cumplieron un rol central. También se movilizaron caballos destinados a la caballería, componente relevante de las fuerzas que avanzarían sobre Chile con el propósito de desalojar a las fuerzas realistas e impulsar el proceso independentista.

Desde una perspectiva historiográfica, el Cruce de los Andes se inscribe en la fase de "guerra continental" impulsada por San Martín, en la que la geografía operó como condicionante material y, a la vez, como recurso estratégico. En este marco, la cordillera no constituye únicamente un obstáculo natural, sino un espacio de circulación controlada —mediante pasos, vados y portezuelos— cuya selección define ritmos de marcha, consumo logístico y posibilidades de sorpresa táctica.

La independencia de Chile no respondió únicamente a una lógica de solidaridad política por parte de las Provincias Unidas del Río de la Plata. También se vinculó con consideraciones estratégicas, en particular la necesidad de reducir el riesgo de una ofensiva española desde el virreinato del Perú a través del territorio chileno. En el frente norte, las fuerzas de las Provincias Unidas enfrentaban dificultades para imponerse a los contingentes realistas locales y a los refuerzos enviados desde el Perú, lo que impidió consolidar la denominada liberación del Alto Perú. La persistencia de enclaves realistas de considerable influencia contribuyó a ese resultado. Con posterioridad, las campañas de Simón Bolívar permitieron debilitar la resistencia realista y facilitar la independencia de la república que posteriormente adoptó el nombre de Bolivia.

El Plumerillo, ubicado al norte de la ciudad de Mendoza, fue el lugar de concentración de los efectivos que participarían en el cruce de los Andes. Desde ese punto se organizó la operación destinada a ingresar a Chile y a contribuir a la expulsión de las fuerzas realistas del Cono Sur.

El cruce de los Andes principal del Ejército Libertador se realizó por el paso de Las Llaretas, con una segunda invasión por Uspallata y el paso del Bermejo, para

desembocar en el valle de Aconcagua en vísperas de la batalla de Chacabuco, en el camino a Santiago[22].

En síntesis, la concentración en El Plumerillo y la apertura de múltiples itinerarios reflejan una lógica operativa que combinó dispersión inicial y convergencia posterior. Este diseño buscó equilibrar la necesidad de ocultamiento, la administración de recursos en alta montaña y la construcción de una ventaja decisiva al momento de ingresar al valle de Aconcagua.

Para efectos analíticos, en este trabajo se entiende por *columna* una agrupación de marcha con mando propio y autonomía relativa de movimiento, y por *destacamento* una fracción menor orientada a misiones específicas (reconocimiento, distracción o aseguramiento de un paso). Esta distinción es relevante porque la simultaneidad de rutas —principal y auxiliares— constituyó una pieza central del dispositivo de engaño operativo.

El 9 de enero de 1817, en pleno verano austral, el ejército inició la marcha hacia Chile mediante itinerarios diferenciados. El teniente coronel Cabot se dirigió a La Serena por San Juan y el paso de Azufre (3.600 m s. n. m.) con 200 hombres, milicias y la Legión Patriótica. Ese mismo día, el comandante Zelada partió desde La Rioja hacia Copiapó por el paso de Come Caballos (5.160 m s. n. m.) con 200 hombres, milicia cuyana y parte de las milicias chilenas. Cuatro días después, el teniente coronel Freire salió de Mendoza con rumbo a Talca, Curicó y San Fernando por el paso de Planchón (4.010 m s. n. m.) con 380 hombres.

El 18 de enero se puso en marcha el coronel Las Heras, desde Mendoza hacia el camino de Uspallata, a 5.021 metros, con el XI batallón de infantería (750

[22] *Fuente: elaboración propia sobre la base de síntesis de rutas sanmartinianas del cruce (Gobierno de San Juan, "Cruce de los Andes", s. f.) y reconstrucciones históricas de itinerarios (Espejo, 1882).*

hombres), 30 granaderos a caballo y 20 artilleros con piezas de a 4 libras. El 19, el teniente coronel Lemos partió desde San Carlos hacia el paso del Portillo con 130 hombres montados, y San Martín salió de Mendoza con rumbo al camino de Los Patos (3.565 metros) con el grueso de la fuerza, fraccionada en dos agrupaciones. En vanguardia marchó el general Soler, con el batallón de infantería de los Andes; un batallón mixto de cuatro compañías; las compañías de flanco (granaderos y cazadores) de los batallones VII y VIII de Infantería; dos escuadrones de granaderos a caballo, y 55 artilleros con cinco piezas de a 4 libras: en total, 1.315 hombres y 1.750 mulas. A continuación, avanzó el brigadier O'Higgins con los batallones VII y VIII de infantería (sin las compañías de flanco), la escolta del general, dos escuadrones de granaderos a caballo, 22 artilleros con 2 piezas de a 4 libras y el personal médico: en total, 1.430 hombres y 2.000 mulas.

Conviene precisar que el núcleo principal del Ejército Libertador de los Andes avanzó bajo las órdenes del general San Martín por la ruta conocida como camino de Los Patos, a través del valle homónimo, utilizando los pasos de Valle Hermoso y Las Llaretas. Tras asegurar puntos como el Alto del Cuzco y La Vuelta de los Caminos, la columna descendió al valle de Putaendo, dando inicio a las operaciones sobre el antiguo Reyno de Chile, territorio que había sido reconquistado por las fuerzas realistas tras el denominado *Desastre de Rancagua*. Dicho episodio impulsó a numerosos patriotas chilenos a cruzar la cordillera y buscar refugio en Mendoza, capital de Cuyo.

En conjunto, el escalonamiento de partidas y la diversificación de rutas permitió ampliar el frente de incertidumbre para la autoridad realista y, al mismo tiempo, repartir el esfuerzo logístico en pasos con capacidades distintas. De este modo, el cruce no operó como una única marcha lineal, sino como una secuencia coordinada de movimientos convergentes cuyo éxito dependía de tiempos, información y abastecimiento.

Las rutas seguidas por las fuerzas del Ejército de los Andes fueron cuidadosamente planificadas sobre la base de cartografía disponible e informes de reconocimiento elaborados por baqueanos, arrieros y personal del propio Ejército Libertador.

Asimismo, resulta pertinente considerar el papel de los grupos guerrilleros y de los patriotas chilenos que, mediante comunicaciones regulares, informaban sobre los movimientos de las autoridades y fuerzas realistas. Esa información sustentó una parte importante de las decisiones del general San Martín relativas a la campaña, tanto respecto de la eventualidad de una incursión realista desde Chile como en lo concerniente a la expedición que se preparaba hacia ese territorio. La eficacia de esa red de informantes, integrada mayoritariamente por agentes chilenos, contribuyó al desarrollo de la operación.

En términos generales, las fuerzas realistas establecidas en Chile no emprendieron una operación sostenida para invadir la provincia de Cuyo ni otras provincias occidentales de las Provincias Unidas del Río de la Plata. A comienzos de 1815 se proyectó contar con un contingente aproximado de 5.000 efectivos para ese objetivo; sin embargo, la sublevación indígena en el Perú motivó el traslado de una parte significativa de esas tropas al *Virreinato*. Con posterioridad, las fuerzas españolas remanentes concentraron esfuerzos en contener focos de insurgencia en el territorio chileno. En este marco, la adhesión política de distintos grupos sociales al orden monárquico fue heterogénea y varió según regiones e intereses locales. Asimismo, las categorías identitarias y políticas de la época no se corresponden plenamente con nociones nacionales posteriores, lo que aconseja cautela al describir autopercepciones colectivas en el período.

San Martín procuró mantener en reserva sus intenciones respecto de la invasión a Chile, incluso mediante contactos y comunicaciones con las autoridades superiores del territorio, con el fin de obtener información y, al mismo tiempo, evitar que se anticiparan medidas defensivas decisivas.

Hacia el verano de 1816-1817, el deshielo comenzó a facilitar el tránsito por los pasos cordilleranos, y el general José de San Martín avanzó en los ajustes finales de su plan de campaña contra el gobierno realista en Chile. En ese territorio, la administración española procuraba prevenir y reprimir acciones contrarias al orden establecido, mientras que grupos insurgentes desarrollaban actividades de hostigamiento y propaganda con el propósito de tensionar el control gubernamental. Entre estas acciones, las asociadas a Manuel Rodríguez y a sus redes de apoyo contribuyeron a generar incertidumbre y a multiplicar la circulación de información —incluida, en ocasiones, información deliberadamente engañosa— en distintos puntos del Reino.

En este contexto, y con el plan de invasión ya avanzado, San Martín procuró obtener información lo más precisa posible sobre el estado de los caminos entre Mendoza y Santiago de Chile. La posibilidad de que la autoridad de Santiago hubiese interrumpido, fortificado o vigilado puntos críticos hacía indispensable contar con antecedentes directos, especialmente en los tramos de mayor relevancia estratégica.

La documentación decimonónica disponible permite observar cómo la obtención de inteligencia de caminos se vinculó con prácticas de secreto, circulación controlada y uso instrumental de credenciales. La reconstrucción siguiente, tomada de una obra clásica de la historiografía chilena, ilustra tanto la percepción contemporánea de la operación como las estrategias atribuidas al mando sanmartiniano.

Una súbita inspiración, por así decirlo, ofreció al general la idea de cumplir con ese deseo de tan vital importancia. Esta se redujo a sostener una entrevista privada con Álvarez Condarco, a quien, por simpatía o por buen concepto que seguramente se había formado de él, le dispensaba una familiaridad y franqueza

difícil que él dispensara. En *La Reconquista Española*, Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui escribieron:

"San Martín era el prudente entre los prudentes. Todo el que tiene el arte de engañar a los demás, no puede menos de ser en estremo receloso. Creía que el buen éxito de la espedición dependía del secreto. Era tal su convencimiento a este respecto que, según sus propias espresiones, no habría querido confiar ni a su almohada sus planes, sus dudas, sus esperanzas, sus temores. Si hubiera sido posible, todo lo habría hecho por sí mismo, pero no lo era. ¿qué hacer entonces? Tenía entre sus ayudantes uno que gozaba de toda su confianza. Llamábase don José Antonio Alvarez Condarco. Era injeniero i mui apto por sus cualidades para una comisión delicada como aquella. En éste se fijó el jeneral para que esplorara uno por uno todos los senderos que cruzan las cordilleras. La primera condición que le impuso fué que ocultase a quien quiera que fuese los trabajos a que iba a dedicarse; que obrara de modo que nadie sospechara el término de sus correrías; que procurara persuadir a todo el mundo que era mui diversa la clase de sus ocupaciones. Le hizo ver que del sijilo dependía la salvación común, que una palabra indiscreta podía perderlo todo.

"Alvarez Condarco comprendió perfectamente la necesidad que había de no escusar precaución alguna, i se esforzó por corresponder a la distinción que había merecido de su jefe. Mas esa estricta circunspección a que se le sujetaba, embarazaba el cumplimiento de su encargo, ponía infinitas trabas a sus operaciones. A cada viaje que emprendía, se veía precisado a poner en tormento su imajinación para inventar pretestos que lo esplicasen. Cuando se dirijía al norte, decía que iba al sur i vice-versa. Tomaba los mas minuciosos cuidados para que no columbraran la importancia de su trabajo i el interés que les prestaba San Martín. Al fin de cada una de sus operaciones, venía tarde de la noche, i por decirlo así, de incógnito a darle cuenta de sus resultados. Aquellas investigaciones practicadas por persona competente hacían resaltar los obstáculos sin ofrecer el

remedio. Alvarez, por mas que examinase con atención escrupulosa todas aquellas veredas, no hallaba sino sendas buenas para animales, al borde de profundos abismos, cortadas por torrentes i despeñaderos, incapaces de servir para el tránsito de un ejército. Podían pasar por ellas contrabandistas o arrieros, mas no cañones ni bagajes.

"A cada visita de su ajente, subía de punto la zozobra de San Martín. Solo quedaban por reconocer los caminos que desembocan en el valle de Aconcagua. El jeneral deseaba con ansia que se les inspeccionara; porque solo aguardaba tener noticias precisas acerca de su naturaleza, para tomar su última resolución i fijar definitivamente su partido. Pero su examen parecía casi imposible; pues estaban severamente guardados por los españoles, que fusilaban como espías o tránsfugas a los pasajeros de ambos lados. ¿Quién se atrevería a emprender un viaje a cuyo término se encontraba la muerte? San Martín exijió a Alvarez que los recorriera, i para proporcionarle un pasaje por entre los centinelas i alguna probabilidad de que Marcó no le ahorcara i le dejara volver a comunicarle sus observaciones, recurrió al arsenal de sus amaños, i dispuso uno que aunque no exento de todo reproche, era el único que se presentaba en un caso tan arduo. Ocurriósele disfrazar a su injeniero de parlamentario, i darle por pasaporte un oficio en que notificaba al presidente de Chile la declaración de la independencia argentina, que meses antes había proclamado el Congreso del Tucumán. Como se concibirá, era éste un salvo conducto, que podía mui bien trocarse en una sentencia de muerte. A San Martín, ménos que a nadie, se le ocultaba el riesgo que iba a correr su mensajero, i temiendo que éste se desalentara con una garantía tan precaria, junto con descubrirle su arbitrio, le pidió que marchara sin temor, porque, si los godos tocaban uno de sus cabellos, él haría ahorcar sin remisión a todos aquellos de sus paniaguados que tenía bajo su mano como rehenes.

"Ni el documento que se le daba por salvaguardia, ni la promesa con que se reforzaba, libertaban a Alvarez de todo cuidado por su existencia. Comprendía demasiado que el portador de una nueva que por lo rancia debía hacerle sospechoso i que por su contenido era en alto grado desagradable para un mandón español, aun cuando fuera premunido de mejores seguridades que las que él le escudaban, se zafaría siempre del lance con trabajo. Sin embargo no se escusó del encargó, a condición de que se le dejara un día para prepararse. El jeneral quería que partiese sin tardanza; pero al fin tuvo que acceder a los deseos de su enviado. Alvarez estaba en el secreto de la intriga que se estaba jugando con el nombre de Castillo Albo, i era además amigo de este caballero. La dilación que con tanto empeño solicitaba, no tenía otro objeto que pedir al honrado comerciante una carta de recomendación, en la cual, caso de obtenerla, confiaba mas para escapar con vida de aquel paso que en el oficio i terribles represalias de San Martín. En efecto al siguiente día, a pretesto de despedirse, fué en persona a comunicarle su viaje, i con toda naturalidad se le ofreció para que le escribiera a su esposa por su medio.

"Castillo Albo, ignorando que se mantenía en correspondencia con su mujer, se resistió desde luego, temiendo que San Martín lo llevase a mal. Pero fué tanto lo que le instó Alvarez, tanto lo que le aseguró que el gobernador no se disgustaría, que al cabo se decidió a hacerlo. Su carta, en la que por supuesto recomendaba mucho al portador, era sencilla i se refería a hechos mui anteriores, como escrita por un hombre que no estaba en relación con su familia desde tiempo atrás. Mas todo eso, léjos de perjudicar, favorecía; porque en Santiago debía interpretarse aquella sencillez como calculada para engañar al conductor, que no podía suponerse en el secreto de la clandestina correspondencia."[23]

[23] Amunátegui, Miguel Luis y Gregorio Víctor. La Reconquista Española. Santiago. 1912. Págs. 388-392.

Con anticipación al envío de su parlamentario, el general San Martín había mandado hacer con un tal Beltrán un muy decente portapliegos de charol negro con las iniciales del Estado Mayor, grabadas sobre una placa de similor, en la que se acomodaron el pasaporte y los pliegos que encubrían la misión realmente encomendada. A la hora señalada, Álvarez Condarco se presentó, de rigurosos uniforme, y listo para emprender la marcha. San Martín, después de darle las últimas instrucciones, le presentó como su escolta a dos soldados escogidos de granaderos a caballo, discretos y de gallarda presencia, y un corneta que tocase las señales de ordenanza al acercarse a las guardias avanzadas del territorio chileno.

No ha de perderse de vista que la misión ostensible de Álvarez era la entrega de los documentos oficiales que San Martín enviaba al presidente de Chile, pero la misión reservada era verificar el estado del Camino de Los Patos, que recorre el valle de Aconcagua en dirección a Santiago. Y, presuponiendo que, si en la efervescente impresión que produjera en el ánimo del presidente de Chile no lo mandase fusilar, cuando menos lo haría regresar rápidamente por el camino más corto a Mendoza. Álvarez Condarco solo permaneció unas cuarenta y ocho horas en Santiago y, después de un auto de fe que con gran aparataje se hizo a las notas oficiales, se le despachó por el llamado Camino de Uspallata, escoltado hasta la cima de la cordillera, por lo que pudo examinar los terrenos que median entre Chile a Mendoza.

Llegado Álvarez Condarco al oscurecer a la primera avanzada realista por el lado de Chile, el oficial a cargo quiso hacerlo continuar inmediatamente hasta el jefe del destacamento principal, pero el emisario, con amabilidad, le hizo presente que venía demasiado estropeado, debido a la larga jornada que había hecho para escapar de un temporal que amenazaba, permitiéndose, además, hacerle la observación de que la Ordenanza disponía que se diese parte al jefe superior de toda novedad extraordinaria, cuando, por otra parte, no sabía si dicho jefe tendría

instrucciones de admitir o de rechazar un emisario enemigo. El oficial se convenció de la exactitud de lo manifestado y despachó a un soldado con el correspondiente parte. Pero la realidad era que si seguía de noche no habría podido observar el estado del camino, que era su principal objetivo. A la mañana siguiente llegó a la avanzada el oficial Antonio Gutiérrez de la Fuente con la comisión de conducir al parlamentario escoltado de un piquete hasta la capital del Reyno.

El 11 de diciembre de 1816, llegando a los suburbios de la ciudad, les esperaba una guardia de escolta enviada por el presidente de Chile, tan lujosamente uniformada que las cornetas de las casacas y los escudos de los morriones eran de plata cincelada, quizá si con la intención de alucinar al enviado de San Martín con aquella ostentación y que por ella graduase el estado de disciplina del resto del ejército español. Luego le vendaron los ojos para que atravesara la ciudad y, cuando llegaron al palacio lo hicieron desmontarse, lo hicieron entrar al salón y allí le quitaron la venda. Momentos después apareció el presidente Francisco Marcó del Pont, elegantemente uniformado y adornado el pecho de condecoraciones.

Después del saludo de etiqueta, Álvarez le presentó las comunicaciones del general San Martín. Marcó, conforme iba leyendo iba mostrando en su semblante muy marcados rasgos de ira, rasgos que al terminar la lectura estallaron con furor, dirigiendo imprecaciones y amenazas al enviado y a su jefe con providencias y actos que escarmentaran tamaña insolencia.

El tenor de la carta, con fecha 2 de diciembre de 1816, era el siguiente:

"Consecuente á órdenes de mi Gobierno, tengo el honor de acompañar á U. S. para su conocimiento, un ejemplar de la Acta celebrada por el Soberano Congreso Nacional de estas Provincias, declarando Nuestra Independencia.

"El pliego se conduce á U. S. por mi Ayudante de Campo, Sargento Mayor, don José Antonio Alvarez Condarco.

"Dios guarde á U. S. muchos años.—Cuartel General en Mendoza, diciembre 2 de 1816.

"José DE SAN MARTIN.

"Señor Capitan General y Presidente de Chile, don Francisco Marcó del Pont."[24]

Pero, el envío de la carta y los documentos de la declaración de Independencia de las Provincias Unidas a Marcó del Pont, como queda ya dicho, era solamente la excusa para realizar un reconocimiento del camino desde Mendoza a Santiago por el llamado Camino de Los Patos, que desembocaba en el valle del río Putaendo. Finalmente, la misión fue todo un éxito y el gobernador de Chile lo envió de vuelta con total premura por el llamado Camino de Uspallata, de manera que el enviado pudo darse cuenta específica del estado de ambos caminos, por los que había de ocurrir la invasión principal al Chile realista[25].

En términos operativos, la misión de Álvarez Condarco combinó una cobertura diplomática con un objetivo de reconocimiento vial, lo que permitió recabar información crítica sin revelar la intención principal. La consecuencia inmediata fue disponer de una evaluación comparada de los ejes Los Patos y Uspallata, elemento que incidió en la selección final de rutas y en la sincronización de columnas.

[24] Espejo, Gerónino. Crónica Histórica de las operaciones del Ejército de Los Andes para la restauración de Chile en 1817. Buenos Aires. 1882. Pág. 500.

[25] Amunátegui. Ob. Cit. Págs.: 337-396.

Álvarez, con toda circunspección y respeto le hizo saber que él era desde todo punto de vista inocente ya que ignoraba en lo absoluto el contenido de los documentos de que había sido portador. Pensando en que el furor del presidente podría ser de funestas consecuencias hacia su persona, recordó que la carta de Castillo Blanco podría de alguna manera influir en tan peligrosa situación y sacándola de su portapliegos se la presentó a Marcó del Pont con algunas palabras alusivas.

Y, en realidad, esta oportuna ocurrencia surtió los efectos esperados. Adquiriendo un aire de cortesanía y afabilidad, manifestó a Álvarez alguna admiración por la rapidez del viaje, que deducía por la fecha de las comunicaciones y concluyó diciéndole que fuera a descansar mientras él se ocupaba de responder a su jefe.

El presidente Marcó del Pont, luego de escuchar a sus consejeros, decidió expulsar a la brevedad al enviado y realizar un auto de fé en la Plaza de Armas de Santiago con los documentos que le habían sido entregados para escarmiento público.

En efecto, a la mañana siguiente se hizo formación de tropas en la Plaza de Armas. En el centro se hizo una gran fogata con leña y enseguida el escribano del Cabildo salió del palacio con un rollo de papeles en la mano, que, entregándolo al verdugo, le mandó que lo echara en la hoguera, declarando en voz alta a nombre del muy ilustre señor Presidente, que contenía los oficios de San Martín con que le había remitido la ignominiosa Acta en que los insurgentes de Buenos Aires habían declarado en Tucumán su independencia de Su Majestad el Rey de España y su metrópoli. Acto seguido y con las precauciones de uso y costumbre se hizo salir de Santiago al parlamentario, por la vía más corta, que era la de Uspallata. Y como en los despoblados caminos de esa ruta, muy en especial en los desfiladeros cordilleranos, era inútil la precaución de la venda en los ojos, Álvarez pudo examinar a su entera satisfacción el estado de la vía y sus adyacencias, dando

cuenta de su viaje al general San Martín cuando llegó a Mendoza, presentándole algunos días después el croquis de las dos rutas que había explorado.

El presidente chileno, antes de hacer expulsar del país al enviado de San Martín le entregó un pliego cerrado con la respuesta por mano del oficial que mandaba la escolta.

Dicho pliego decía:

"He puesto en ejercicio toda mi urbanidad y moderacion para no devolver á U.S. su carta del 2 del corriente, y Acta del Congreso de Córdoba que acompaña para mi conocimiento, tanto por ser el complemente del mas detestable crímen, cuanto por tenerlo anticipado en correspondencia pública del Janeiro y no ser asunto oficial. Así estimo por frívolo yt especioso este motivo, para la venida de su parlamentario: esto me obliga á manifestar á U. S. que, cualquiera otro de igual clase, no merecerá la inviolabilidad y atencion con que dejo regresar al de esta mision, y que puede U. S. prevenir á su gobierno de Buenos Aires, de cuya órden me dice ha dado este paso, que la contestacion de su pretendida independencia será tan decisiva por las armas del rey y por el poder de la España, como la de otros países rebeldes de América ya subyugados; sirviendo igualmente á U. S. de inteligencia, que no he podido dejar de condenar ese monumento de la perfidia y traicion, á presencia de las valientes y fieles tropas de mi mando, que llenas de indignacion y entusiasmo han jurado en el acto con repetidas aclamaciones de VIVA EL REY, vengar el horroroso insulto hecho á su soberanía á imitacion de lo que han ejecutado sus hermanos de armas en otros puntos de América, segun deducirá U. S. de los impresos que acompaño.

"Dios guarde á U. S. muchos años.—Santiago de Chile, 13 de diciembre de 1816.

"FRANCISCO MARCÓ DEL PONT.

"Señor don José de San Martín."[26]

Al inserta en la Gazeta de Buenos Aires esta respuesta, el redactor escribió lo siguiente:

"La lectura de los documentos precedentes nos dá derecho para observar, que los españoles han sido siempre los primeros en hollar las consideraciones que merece la causa de la humanidad., para no hacer más duras sus desgracias. Fué sin duda una calamidad que á una nacion que confunde tan amenudo la ferocidad con el valor y la crueldad con la enerjía, le hubiese cabido el destino de conquistar el continente americano.

"Regularmente son tenidos por de poca importancia aquellos mandones españoles que no han tenido oportunidad de inmolar un gran número de infelices, y las épocas célebres de su historia están fijadas en las grandes revoluciones, donde la cuchilla del poder siega cabezas sin piedad, sin discernimiento y aun algunas veces por cálculo. De esta manera se presenta ante su soberano, demasiaod distante para analizar el verdadero valor de sus servicios, y la lista de su merecimiento se forma en Madrid por el número de los ahorcados en América. El Presidente Marcó ha adoptado sin duda, este camino nada incierto, de hacer seguros sus ascensos.

"El gobierno, decidido á sostener á todo trance los intereses de los pueblos que le fueron encomendados, y constante en hacer respetar á cuantos se hallan alistados bajo las banderas de la patria, ha ordenado al general de los Andes que observe una rigurosa represalia, nivelando su conducta, como lo prescribe el derecha de la guerra, por la del enemigo. La sangre que se derrame en adelante, bien sea en los cadalzos ó en el campo, deberá caer sobre los que no cesan de

[26] Espejo, Gerónimo. Ob. Cit. Págs.: 500 y 501.

insultarnos, y á los imparciales que observen el curso de la presente lucha, les será fácil discernir sus verdaderos autores, asi como descubrirán el orígen de la actual guerra en la oposicion española á la libertad americana."[27]

En tanto, Álvarez Condarco, a su regreso a Mendoza, como ya se ha dicho, dibujó con exactitud y prolijidad el croquis de los dos caminos que había explorado, el de Los Patos y el de Uspallata, por la falda de Chile, del cual San Martín ordenó al departamento de ingenieros que sacase copias esmeradas para hacer uso de ellas. Y, obviamente, con dichos mapas el general San Martín daba la última mano a su plan en lo que se refiere al orden militar.

A partir de este punto, el texto se desplaza desde la narración de episodios hacia un razonamiento de carácter geográfico-militar. Este giro es relevante porque permite explicar, con base en el terreno, por qué ciertas rutas resultaban más ventajosas que otras en términos de velocidad, sorpresa y sostenimiento logístico.

Primero que nada, el general San Martín tuvo que reflexionar sobre qué punto debía ser el objetivo del ataque de sus fuerzas principales, a sabiendas con anticipación que, al terminar con todos los preparativos de la expedición, tendría a su disposición fuerzas relativamente poco numerosas. Tendría que tratar de mantenerlas a su disposición cuanto fuese posible, lo que lo obligaba a dejar un solo punto para el ataque principal. San Martín entendió, pues, que el ataque debía dirigirse principalmente sobre Santiago de Chile, habida cuenta de que, una vez tomada esta por las tropas del Rey en 1814 cesó la resistencia en la llamada Guerra de la Reconquista. Con mucha más razón, concluiría San Martín que, al recuperar la capital chilena, las fuerzas del país se reorganizarían luego bajo esa impresión moral, uniéndose con las tropas que él traía desde Cuyo. También influyó mucho en esta decisión la necesidad de conseguir tan pronto como fuera posible, un punto lleno de recursos al otro lado de la cordillera para tener una

[27] Espejo, Gerónimo. Ob. Cit. Págs.: 501 y 502.

base firme para las siguientes operaciones militares en territorio chileno. En vista de estas dos consideraciones principales, pues, Santiago de Chile debía ser objetivo de las operaciones del Ejército Libertador de los Andes.

Como debe ocurrir al preparar un plan estratégico, San Martín debe haberse formado un juicio acerca de la situación de los españoles en Chile. por sus agentes sabía que la situación de ellos no era muy delicada a pesar de la falta de fuerzas para poder sofocar enteramente los movimientos sediciosos de los patriotas chilenos, y todavía mucho menos por la configuración militar y geográfica tan rara y desventajosa para la defensa contra invasiones. Para todos estos fines, los realistas disponían de apenas 3.500 efectivos. La circunstancia favorable para las fuerzas españolas era la imposibilidad de ser atacadas por la cordillera en los meses de mayo a noviembre por estar absolutamente intransitable y, por otra parte, casi todos los hacendados y gente de la alta sociedad chilena eran realistas; la gente del pueblo en general no era realista pero acataba las posiciones de la oligarquía local y de sus patrones, ya fuera en las haciendas o en la ciudad, donde la gente dependía directamente de una economía dominada por la clase social alta, de donde salían las autoridades locales realistas, y de quienes recibían el discurso realista en cada actividad de la vida cotidiana. De hecho, ni siquiera en el período de la llamada Patria Vieja alguien siquiera se identificó como chileno. Mediaron varios años hasta que en 1822 el Director Supremo de la Nación, Bernardo O'Higgins Riquelme, a quien la aristocracia del país se solazaba en llamar despectivamente "huacho Riquelme", dictó un decreto mediante el cual se obligaba a todos los habitantes de la nueva República a decirse "chilenos". Tal era la situación en el Chile de la Independencia regalada por el Ejército de los Andes, ejército formado en Mendoza, la capital de Cuyo, merced a los esfuerzos del general José de San Martín y a los habitantes de esa ciudad, con el apoyo de palabra del gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que veía con muy buenos ojos que se cubrieran las espaldas de esa nueva república, de manera

que se evitara que se abriera un flanco de lucha por el Occidente, en momentos que, fracasada la liberación del Alto Perú, era posible que las tropas realistas intentaran una campaña desde el Norte contra las Provincias Unidas.

En Chile, la circunstancia favorable para las fuerzas españolas y el gobierno de la Reconquista española era la imposibilidad de ser atacados desde el otro lado de los Andes en los meses de mayo a noviembre debido a estar totalmente intransitables los pasos cordilleranos debido a las recias nevadas que solían producirse, tiempo durante el cual podían dedicarse a la pacificación del país sublevado, si bien esa no era una tarea que requiriera demasiados esfuerzos debido a que la población chilena, desde un principio se sometió mayormente de buena gana al restablecimiento de la autoridad del rey de España. Pero, ese factor de seguridad para las autoridades españolas de Chile no debió haber preocupado demasiado al general San Martín debido a la excelente planificación que había puesto en desarrollo para la invasión de Chile.

Las decididas actividades de Manuel Rodríguez y de su grupo sembraban el caos y la desesperación por todas partes, a la par que recababa valiosa información sobre la situación en el país que enviaba o llevaba personalmente al general San Martín.

Es cierto que las dos a tres semanas que duró el cruce de la cordillera hizo muy difícil el recoger información relevante de primera fuente, pero no fue imposible. Y los correos de Manuel Rodríguez hicieron cuanto estuvo a su mano para hacer llegar esa información al general como para continuar sembrando las dudas y hasta la desesperación en el gobierno español chileno con noticias falsas sobre invasiones que se estarían produciendo en tal o cual lugar.

San Martín sabía que las principales fuerzas realistas se encontraban en Santiago y en Concepción, o en sus vecindades, tanto para asegurar el dominio de la capital como para proteger sus comunicaciones marítimas principales. Además, debió

suponer que en los boquetes más importantes de la cordillera se encontrarían solamente pequeños contingentes, destacamentos que actuarían como "guardias cordilleranos", encargados de reconocer el eventual ataque principal desde el otro lado de los Andes. Aunque San Martín sabía, tanto por los informes que le llegaban como por lógica estratégica que las fuerzas realistas se concentrarían en Santiago y sus inmediaciones, resolvió dirigirse lo más directamente posible a su objetivo de operaciones desde su base estratégica, sabiendo que cada kilómetro que se alargaba la marcha del Ejército Libertador, implicaba forzosamente también aumentar la cantidad de provisiones, de animales de carga, etc., y disminuían, por consiguiente, las posibilidades de realizar movimiento rápidos, indispensables para hacer cambiar en caso necesario. La situación más fatal para un ejército que atraviesa una cordillera de considerable anchura es encontrar cerrado el punto por donde se pensaba salir de los malos pasos y desfiladeros, especialmente cuando no hay otra salida por donde llegar a los territorios más planos y de más recursos, ya que, en tal caso, los hombres y los animales estarán cansados y maltrechos por las fatigas de la marcha y muy poco aptos para la vuelta, y los víveres van consumiéndose o están muy atrás como para llegar con la necesaria rapidez a disposición de las tropas combatientes.

Conviene precisar algunos conceptos recurrentes en la descripción: la *divisoria de aguas* refiere a la línea topográfica que separa cuencas hidrográficas y que, en el área andina, suele aproximarse a la línea de cumbres; un *cajón* alude a un valle estrecho y encajonado asociado a un curso fluvial; y un *portezuelo* designa una depresión o paso natural entre alturas, utilizada para franquear cordones montañosos. En cuanto a *vado*, corresponde al punto de cruce de un río donde la profundidad permite el paso de personas, animales o cargas.

En la zona central, frente y cerca de Mendoza, desde donde partió el grueso del Ejército Libertador, se desprenden de la cordillera de los Andes hacia el poniente varios contrafuertes, que formando cordones de alturas en declive hacia el Oeste

alcanzan sin interrupción hasta la misma costa del Pacífico. Tales contrafuertes están separados el uno del otro por los cajones de los siguientes ríos: el más septentrional de esta zona es el Choapa, al que siguen en dirección al sur los de Petorca, de La Ligua y, por último, el formado por los ríos Putaendo y Aconcagua. Al sur de este último se encuentra la cuesta de Chacabuco, en cuyo pie meridional comienza el valle del Maipo. Las distancias entre los cajones son las siguientes:

a) Desde el cajón del río Choapa al de Petorca, medido desde Salamanca por la cuesta del Pedernal a Chincolco, 60 kilómetros.
b) Desde Chincolco por la cuesta homónima hasta Alicahue, 18 kilómetros.
c) Desde Alicahue por la cuesta de La Mostaza, por San Andrés del Tártaro y Putaendo a San Felipe, 52 kilómetros.
d) Desde San Felipe por la cuesta de Chacabuco a Santiago, 92 kilómetros.

Esta línea se puede considerar, también, como el límite entre la región cordillerana y la región costera, aunque en el sentido puramente orográfico no existe ningún límite visible.

Las alturas sobre el nivel del mar de los lugares mencionados son las siguientes:

Salamaca	514 metros
Cuesta del Pedernal	1.560 metros
Chincolco	415 metros
Cuesta de Chincolco	1.239 metros
Alicahue	900 metros
San Andrés del Tártaro	890 metros

Putaendo	825 metros
San Felipe	651 metros
Cuesta de Chacabuco	1.400 metros
Portezuelo de Colina	700 metros
Santiago	540 metros

De estos datos orográficos significa que al tomar desde Mendoza hacia Santiago por los pasos situados al norte del macizo del Mercedario, el grueso del Ejército Libertador habría tenido que pasar, en Chile, por un terreno bastante montañoso y poco a propósito para un ataque y avance rápidos, que era lo que se necesitaba. Y en las cumbres de los cordones mencionados, que habría que atravesar por caminos malos, pedregosos y en buena parte de bastante gradiente, el defensor realista encontraría, apoyado en los baqueanos de las haciendas, buenas posiciones fáciles de defender con fuerzas de poca consideración.

Además, la región que tendría que atravesarse al dar la vuelta por el norte, tenía recursos muy escasos, especialmente en el sector comprendido entre los ríos Choapa y Putaendo.

Por el contrario, abundaban en el cajón del río Putaendo y en el del Aconcagua riquezas naturales y extensos cultivos. Respecto a los recursos, se hubiera encontrado en condiciones más favorables ejecutando la vuelta por los pasos cordilleranos del Sur, por ejemplo, por el del Planchón, ya que, en este caso, habría encontrado de todo en las haciendas de este lado de los Andes, si bien, por el contrario, en la amplia extensión de la banda oriental de la cordillera, reinaba una gran escasez de recursos naturales y de cultivos.

Las mayores desventajas que tenían los rodeos en tales extremas extensiones era la situación expuesta en que, durante la larga marcha del Ejército de los Andes, quedaba la ciudad de Mendoza, que era su base de operaciones. Y no era imposible que el ejército realista hiciese, por los pasos directos entre Santiago y esa ciudad, un ataque rápido a Mendoza, tan importante para el Ejército Libertador, y que le habría dejado en un muy mal pie. Para evitar tal eventualidad habría sido necesario dejar una guarnición en Mendoza, lo que habría reducido mucho el efectivo con que contaba el Ejército de operaciones. Por otra parte, al desplazarse a Chile haciendo uso de esas vueltas grandes, las autoridades españolas de Santiago se habrían impuesto con mucha anticipación, circunstancia que habría privado al invasor de la oportunidad de acercarse de improviso a su objetivo, permitiendo al defensor tomar las medidas necesarias de antemano, oponiéndose a la invasión en el sitio más desfavorable para ella.

Un ataque de esta manera habría tenido también varios inconvenientes para una eventual retirada. Encontrándose las fuerzas españolas más cerca de Mendoza que los patriotas, aquellas hubieran tenido la oportunidad de llegar a esa ciudad antes que el Ejército de San Martín hubiera completado la vuelta de retirada. Y, además, la larga línea de retirada y las penurias que hubieran tenido que soportar al repasar la cordillera, probablemente en una época muy avanzada del año, habría sido decididamente un verdadero desastre.

Así, pues, estudiando detalladamente la geografía de la región situada entre su base de operaciones en El Plumerillo, un punto justo al norte de la Mendoza antigua, y el objetivo estratégico, tomando en cuenta la necesidad de dirigir su marcha lo más directamente posible a Santiago, el general San Martín habría sabido averiguar que para dicho fin podía disponer de los tres caminos siguientes:

El camino de los Patos, el más al norte; el camino de Uspallata, el del medio; y el camino del Portillo, el más al sur.

De estas tres rutas, la del centro y la más austral servían de verdaderas vías de comunicación entre Santiago y Mendoza, siendo utilizadas también por el comercio. El camino que se dirige a Chile por el valle de los Patos no se empleaba en la misma forma que los dos anteriores debido a la gran vuelta que da para ir desde Mendoza a Santiago o viceversa. Servía esta vía mayormente para comunicar al Chile central con San Juan y las provincias argentinas del Norte.

En todo caso, como el terreno permitía una marcha militar bien preparada y como la situación de entonces dejaba practicar con tranquilidad un movimiento desde Mendoza al punto en que el camino del valle de los Patos entraba en la región andina, también podía tomarse en consideración esa ruta, si así lo exigían las necesidades militares en consideración.

Antes de entrar en más detalles, siempre será oportuno decir algo sobre las denominaciones de las tres rutas que aquí interesan, habida cuenta de que ya se sabe y entiende la importancia de las rutas de invasión que se dirigieron a Copiapó y La Serena, las dos capitales del Norte y la del Sur, que fueron verdaderos distractivos pero que permitieron tomar todo el Norte y buena parte del Centro-Sur.

La del norte, toma su nombre de un valle que forma el río de los Patos y que resultaba muy conocido entre quienes vivían al norte del camino de Uspallata. Dicho valle se encuentra al oriente de la línea divisoria de aguas, en medio de la cordillera. Desde aquí parten varios caminos en dirección a Chile que conducen a los cajones y valles de los ríos Choapa, Petorca, La Ligua, Putaendo (Aconcagua) y Colorado (Aconcagua), mientras que para la antigua provincia de Cuyo hay un solo paso con el carácter de Camino Real, el llamado paso del Espinacito. De esta circunstancia se deriva la importancia del valle de los Patos.

El nombre de la ruta del medio, la de Uspallata, tiene su origen en un caserío, situado en el lado cuyano, conocido desde mucho tiempo atrás como la posada de Uspallata.

En virtud de estas consideraciones se hace incorrecto hablar de un paso de los Patos o del de Uspallata. Se debe decir el camino de los Patos o el de Uspallata.

La ruta del sur tiene que atravesar dos cordones de la cordillera. El paso en que se cruza el cordón más al oriente se conocía como el portillo Mendocino, y el del cordón más al occidente, el portillo de los Piuquenes, o simplemente el Portillo. El nombre Portillo viene de la forma que tiene la parte de los cordones en que estos dan pasada al camino.

En síntesis, la comparación de rutas muestra que la elección del camino no fue un detalle secundario, sino una decisión estructurante del plan de campaña. La ruta seleccionada debía maximizar la sorpresa y la rapidez relativa, sin comprometer el abastecimiento ni exponer la base en Mendoza a un contraataque oportuno.

Descripción de los caminos por los Patos, Uspallata y el Portillo

Para averiguar la ruta que tomaron las fuerzas que fueron enviadas desde El Plumerillo, Mendoza por el camino de los Patos se ha seguido el itinerario publicado en la obra de Espejo, páginas 532, 533.

Existe la convicción de que esta ruta ha sido la realmente recorrida por la división de los Patos, y el estudio sobre la marcha efectuada por el grueso del Ejército de los Andes por ella forman el objetivo principal de estas páginas.

He aquí el itinerario de Mendoza a Putaendo por el camino de los Patos, con las jornadas con agua, pasto y leña, que eran, en aquellos entonces, de primerísima importancia, visto que el Ejército marchaba con animales y necesitaba combustible

para las fogatas en las cuales preparar alimentos y calentar las frigidísimas noches en la montaña.

	Jornadas	Leg.	Agua	Pasto	Leña
1	Hasta Jahuel	6	Bastante	Bastante	Mucha
2	Las Higueras	7	Poca	Bastante	Mucha
3	Las Cuevas	8	Poca	Bastante	Mucha
4	Yalguaraz	10	Mucha	Bastante	Bastante
5	Falda cerro del Tigre	5	Bastante	Bastante	Mucha
6	Arroyo de Uretilla	6	Bastante	Poco	Mucha
7	Río de Juan	8	Infinita	Ninguno	Poca
8	Los Manantiales	6	Mucha	Bastante	Poca
9	Los Patillos	7	Mucha	Bastante	Poca
10	Los Patos	5	Mucha	Bastante	Poca
11	El Mercedario	5	Mucha	Alguno	Poca
12	Los Piuquenes	6	Bastante	Alguno	Poca
13	Pie del Portillo	6	Mucha	Alguno	Poca
14	Cerro El Cuzco	5	Mucha	Poco	Poca
15	Los Maitienes	4	Mucha	Poco	Mucha

16	La Guardia de Achupallas	5	Mucha	Poco	Mucha
17	San Antonio de Putaendo	6	Mucha	Potreros	Mucha
Total de leguas		103			

Descripción de las jornadas del cruce de la cordillera por el grueso del Ejército

De las jornadas mencionadas en el cuadro anterior, puede decirse lo siguiente:

La 1ª. Jornada, desde El Plumerillo hasta Jahuel, transcurría por un camino plano, terroso, con monte ya gua a una legua de la parada. Esta jornada no principio en la misma ciudad de Mendoza, sino que partió desde el campamento del Ejército de los Andes, situado en las inmediaciones de la capilla de El Plumerillo, a unos 2,5 kilómetros al noreste de la ciudad.

Desde allí, el camino tomaba una dirección recta al norte, usando el camino antaño llamado *Carril Nuevo* hasta el lugar denominado *Los Gringos*. En aquellos tiempos parece que todavía no existía el Camino Real, sino que el que siguió el ejército de los Andes continuaba por el sitio llamado El Jahuel, tomando más al noreste.

El camino pasa por un terreno relativamente plano, pero ya en sus inmediaciones se encontraba mucho monte.

Itinerario probable del Ejército de los Andes dirigido por el general San Martín.

Fuente: reconstrucción cartográfica a partir de itinerarios y descripciones de campaña en Espejo (1882) y referencias de rutas sanmartinianas divulgadas por instituciones patrimoniales.

Las alturas en esta jornada son las siguientes:

Mendoza	769 metros de altura
El Jahuel	789 metros

La diferencia de altura es escasa, mayormente imperceptible para el viajero y menos todavía para un ejército en movimiento.

Esta jornada implicó un total de 24 kilómetros y también fue recorrida por la división de Uspallata.

La 2ª. Jornada, desde Jahuel hasta Las Higueras, transcurría por un piso áspero, con monte y sin agua.

Desde Jahuel, el camino se dirigía a las casas de Las Higueras, las que estaban situadas sobre un pequeño cerrillo y eran visibles desde lejos por un grupo de altas higueras. El camino es relativamente plano, si bien se encuentra encerrado por muchísimo monte y no tiene agua.

El suelo está interrumpido por un sinnúmero de cauces secos que en tiempo invernal se convierten en correntosos torrentes.

Las casas de Las Higueras se encuentran a unos 1.269 metros de altura sobre el nivel del mar, y desde Jahuel a Las Higueras hay 23 kilómetros de distancia.

La 3ª. Jornada, que iba desde Las Higueras hasta Las Cuevas, utilizó un camino áspero, con monte, una cuestecilla y agua a dos leguas antes de Carrizal.

De Las Higueras a Las Cuevas el camino conserva la dirección al noroeste. Desde Mendoza al Carrizal, que era un caserío formado por tres a cuatro casas y algunos corrales grandes, el terreno permite andar hasta en carruaje. Desde El Carrizal el camino entra en un terreno montañoso de pendientes empinadas, pero las faldas del cordón situado entre El Carrizal y Las Cuevas, que dan al poniente, sonm suaves. Desde El Carrizal a Las Cuevas había dos caminos, pero no se puede decir con seguridad cuál de los dos haya tomado el Ejército Libertador, ya fuera el de más al sur, que pasa por una quebrada y de faldas de declive considerable, o el que conduce por la quebrada del camino.

En conjunto, las tres primeras jornadas ilustran la transición desde una planicie de salida relativamente accesible hacia un terreno progresivamente más restrictivo, donde la disponibilidad de agua y la morfología del suelo condicionan la velocidad de marcha. Esta progresión ayuda a explicar por qué la planificación debía

considerar no solo distancias, sino también puntos de reagrupamiento y reposición de recursos.

En la parte que se extiende entre Las Higueras y El Carrizal, no hay agua, existiendo en cantidad suficiente en El Carrizal y algo en las quebradas más al Oeste de este sitio. El Carrizal dista de Las higueras 20 kilómetros y de Las Cuevas, 9 kilómetros, de modo que el total de esta jornada alcanzó a los 29 kilómetros.

Las alturas son las siguientes:

El Carrizal	1.956 metros
Loma entre El Carrizal y Las Cuevas	2.586 metros
Las Cuevas	2.400 metros

La 4ª. Jornada se extendió desde Las Cuevas hasta Yalguaraz[28], un camino con un buen piso, cuestecilla, lomaje suave, pero sin agua en toda su extensión.

Para llegar desde Las Cuevas a Yalgujaraz debió tomarse una dirección al noroeste. Al principio de la jornada no se puede determinar bien qué camino habrá tomado el Ejército de los Andes, pero más allá parece que ha seguido por la quebrada de los Pozos, dirigiéndose en seguida por el portezuelo al sur de los cerritos de La Ci+enaga, y después tomaría por la punta norte de la loma de la Abra que conduce a Yalguaraz, que era en esos entonces la casa de un vaquero. Se trataba del último domicilio fijo por el lado trasandino. En esta jornada, que no

[28] Este lugar es llamado Yalguaraz, Yaguaraz y Yeguaraz.

tiene nada de agua, se cruza la planicie que se encuentra entre la sierra de Paramillo y la cordillera del Tigre.

A lo largo del pie oriental de esta cordillera, corre el Qhápaq Ñan quem desde Uspallata, se dirige directamente al Norte, constituyendo una magnífica comunicación entre las rutas de Uspallata y Los Patos.

Esta jornada tiene 45 kilómetros de largo que, por la falta de agua, debió haberse hecho muy penosa, pero desde el punto donde concluye la quebrada de Los Pozos hasta el mismo paraje de Yalguaraz, entre los cuales median 35 kilómetros, el terreno permitía el uso de carruaje y a todo galope. Cerca de Yalguaraz se encuentra una vega muy grande y con grandes majadas de animales.

En este sector, las principales alturas son:

Cerritos de la Ciénaga	2.163 metros
El Pozo	2.152 metros
Yalguaraz	2.386 metros

Hasta Yalguaraz se puede determinar con bastante exactitud la ruta tomada por el cuerpo principal del Ejército de los Andes a veces llamado columna de Los Patos, no siendo posible lo mismo desde este punto hasta el río San Juan, esto es, el trecho recorrido en las jornadas 5ª., 6ª. Y 7ª.

La 5ª. Jornada iría desde Yalguaraz hasta la falda del cerro del Tigre, y se trata de un buen piso, plano, con algún monte y poca agua.

La 6ª. Jornada llevaría desde la falda del cerro del Tigre hasta el arroyo de Uretilla, un piso un poco áspero, con lomaje suave pero sin agua ni monte.

La 7ª. Jornada iría desde el arroyo de Uretilla hasta el río San Juan, un cajón áspero que presentaba una cuesta alta e igual bajada; enseguida otro cajón y un lomaje áspero, todo sin agua.

La falta de conocimientos geográficos de aquellos momentos en la cordillera es la causa de que no pueda determinarse con exactitud irredargüible cuál fue la ruta del Ejército sanmartiniano entre Yalguaraz y el llamado río de San Juan. El mapa del departamento de Las Heras de Avé Lallemant concluye poco más al noroeste de Yalguaraz. Se pueden hacer dos suposiciones sobre las rutas en el trecho indicado. Es posible que desde Yalguaraz se haya tomado el camino que va en dirección suroeste y que, después de haber cruzado el cajón del río seco del Tordillo los expedicionarios hayan torcido al noroeste, entrando al cajón del cerro del Tigre. Por aquí sube un camino que cruza el alto de la cordillera del Tigre por un paso cuya altura es de 4.230 metros sobre el nivel del mar, situado al poniente del cerro de Ureta, bajando luego el sendero al río San Juan o río de Los Patos en dirección al Oeste o bien por la quebrada Grande o por la quebrada del arroyo del Tigre o, en última instancia, por la quebrada de La Horqueta. Si se marcha por estos lugares se llega a dicho río enfrente de la desembocadura del río de Las Leñas.

El punto en que el Ejército Libertador debe haber pasado, sin duda alguna el río de Los Patos es el paso que desde entonces es conocido con el nombre de "Paso[29] de San Martín". Con este nombre figura este vado en el plano de la hacienda de Los Manantiales.

Como bloque, las jornadas 4ª a 7ª concentran el problema logístico central de la alta montaña: largos tramos sin agua, incertidumbre cartográfica y dependencia

[29] Esto es, *vado*.

de guías locales. En términos metodológicos, esta sección también evidencia las limitaciones de la reconstrucción histórica cuando las fuentes cartográficas son incompletas o no coinciden plenamente con la toponimia posterior.

De todos modos, ha de tenerse presente que el camino que efectivamente siguió el Ejército de los Andes con San Martín a la cabeza, tuvo mucho que ver con el conocimiento que sobre estos terrenos cordilleranos tuvieron los baqueanos que sirvieron de guías para esa hazaña.

En los alrededores de este vado se encuentran algunos otros más. Más arriba está el vado de las Piedras Negras; más abajo el del Breal, el del Río y el del Andarivel. Todos ellos se encuentran en el trecho de 16 kilómetros comprendidos entre las desembocaduras de los ríos Aldeco y Blanco en el río de Los Patos.

Solo desde la confluencia con este último el río de Los Patops suele ser llamado río de San Juan.

Para llegar hasta la confluencia del río de Las Leñas al vado de San Martín se debe tomar aguas abajo en una extensión de unos 17 kilómetros. La distancia desde Yalguaraz hasta la confluencia del río de Las Leñas con el río de Los Patos, medida desde el cerro del Tigre es de 50 kilómetros. La alta subida que existe en este trecho hace parecer muy poco probable que el Ejército de los Andes haya tomado esta ruta, aunque las denominaciones cerro del Tigre y cerro Ureta parece que están absolutamente relacionadas con las indicaciones hechas en el itinerario.

Más probable parece que el camino realmente tomado por el grueso del Ejército, el que tomó por el camino de Los Patos, condujera desde Yalguaraz en dirección al Norte, cruzando la sierra de la Cucaracha y rodeando el pie septentrional de la cordillera del Tigre por una vuelta que pasa por los puntos llamados quebrada del Chileno y cerro Blanco. Más allá de este cerro el camino se junta con el llamado Camino Real de San Felipe a San Juan por el valle de Los Patos cerca de la cuesta

a que se sube caminando por la ribera derecha del río, desde el vado de San Martín en dirección a San Juan. También en esta ruta se encuentra una quebrada de Ureta en el plano geológico de Avé Lallemant del departamento de Las Heras de la provincia de Mendoza. Desde Yalguaraz hasta el portezuelo por el cual se pasa la sierra de la Cucaracha, el terreno es abierto y de poca subida. Más allá, hasta la quebrada del Chileno, ha de atravesarse un terreno también bastante plano, pero interrumpido por los lechos de los numerosos arroyos que se dirigen desde la falda septentrional de la cordillera del Tigre a la vega de Yalguaraz pero que en verano se encuentran sin agua. Desde la quebrada del Chileno al camino que va de Los Manantiales a San Juan el sendero pasa por un paraje escabroso de carácter cordillerano, aunque de poca subida. El largo de estas tres jornadas es de más o menos unos 70 kilómetros. Agua hay solamente, pero en poca cantidad, en la quebrada del Chileno.

Las principales alturas son las siguientes:

Portezuelo de la Cucaracha	2.589 metros
Vado de San Martín, en el río San Juan	2.000 metros, aproximados

La extensión dudosa entre Yalguaraz y el río de San Juan, en el vado de San Martín, es más o menos de 40 kilómetros, medidos en línea recta.

La séptima jornada debe haberse concluido probablemente en el vado de San Martín, en la ribera derecha del río, pasando a la izquierda solo en la mañana del día siguiente, debido a que los ríos de la cordillera no llevan tanta agua en la mañana como a mediodía, debido a los calores del día que derriten la nieve.

Los vados tienen, en general, más de un metro de profundidad. El río tiene un ancho de más o menos 80 metros y bastante corriente, como es común de los ríos de montaña debido al declive del terreno. En la parte comprendida entre las confluencias de los ríos Aldeco y Blanco, el cajón del río de Los Patos es abierto y ancho, y las riberas son de poca altura y de piso blando.

En tanto, en el trayecto entre Mendoza y Yalguaraz, el terreno, a pesar de encontrarse cubierto y dominado por altas montañas, tiene el carácter de un desierto, y solo el trecho entre El Carrizal y Las Cuevas hace recordar que se trata de una región montañosa alta que solo se divisa desde muy lejos. Todo lo demás, en especial la jornada que va de Las Cuevas a Yalguaraz, es un completo desierto debido a la aridez del suelo y su aspecto monótono y triste.

La 8ª. Jornada se extendió desde el río San Juan hasta Los Manantiales, Paso del Río, y se trata de un cajón chico, un lomaje áspero, sin monte, pero con agua.

Desde el río San Juan a la localidad de Los Manantiales, la ruta toma primero a lo largo del río de Los Patos, es decir, cajón adentro, y sobre la ribera izquierda hasta la confluencia del río Aldeco, entrando en el cajón de este mismo.

Primero se sigue también a la ribera izquierda de ese río, cuyo lecho es bajo y sus orillas arenosas. Después de haber pasado a la ribera derecha se llega a una parte en que la falda consiste en una pared de roca viva de color oscuro, mientras que las otras laderas son bajas y de declive suave, y cubiertas de vegetación. En la parte en que esa pared casi toca al río, empieza la subida a las mesetas, las que se extienden hasta el mismísimo punto de Los Manantiales. La falda oriental de la cordillera de la Ramada no cae directamente al río de los Patos, sino que por medio de una especie de peldaño formado por aquellas mesetas que están interrumpidas por numerosísimos lechos de quebradas o arroyos, casi todos secos

en la época veraniega, y que hacen que el camino desde el río Aldeco hasta Los Manantiales dé muchísimas vueltas para pasarlos con suaves subidas. En Los Manantiales se encuentra buena gua, algunos potreros, corrales y varias casas de piedra, circunstancias importantes para el trayecto en todo el camino de San Felipe a San Juan, y que por consiguiente hace que Los Manantiales sea un sitio muy buscado por los viajeros que hacen esa ruta.

Desde el vado o paso de San Martín hasta Los Manantiales, localidad que se encuentra a 2.800 metros de altitud, hay una distancia de 25 kilómetros. Este punto dista de Mendoza, por el camino indicado, 216 kilómetros, lo que en línea recta significa solamente 125 kilómetros. Hasta aquí, la llamada división de Los Patos no se desplazó en una sola columna sino dividida en varias partes, precaución que se tomó debido a la falta de recursos, especialmente de agua. Solo desde Los Manantiales, después de haberse juntado allí los diversos destacamentos, comenzó la marcha puramente militar en la cordillera.

La 9ª. Jornada llevó al cuerpo principal del Ejército de los Andes desde Los Manantiales hasta Los Patillos, un cajón chico de subida y una bajada larga con agua, pero sin monte.

Desde Los Manantiales a Los Patillos se subió por el cajón del río de Las Leñas hasta el paso o portezuelo Espinacito, bajándose desde aquí al paraje llamado Los Patillos, denominación que se dio desde antiguo a la comarca que se extiende entre dicho paso y el valle de Los Patos. La subida al portezuelo/paso por el cajón del río de Las Leñas es suave, de piso blando y relativamente corta desde el fondo del cajón hasta la misma cima. En el portezuelo del Espinacito, toda la ruta de Los Patos alcanza el punto más elevado, llegando a los 4.492 metros de altitud sobre el nivel del mar, hasta cuya altura jamás, al menos hasta entonces, habrá subido otro ejército llevando piezas de artillería y bastimentos.

Desde la cumbre del portezuelo, en dirección al sur, se goza de un majestuoso espectáculo ofrecido por el paisaje cordillerano que es sin igual.

A la derecha, casi por las espaldas, se puede divisar el abrupto y gigantesco cerro del Alma Negra, que ofrece un brillo de un color azul violáceo y se alza hasta los 6.290 metros sobre el nivel del mar. Más allá, cuando pasó el Ejército Libertador, todavía se extendía a la vista el enorme techo de nieve de La Ramada, que le ha dado tal vez su nombre y que parece llegar a la misma altura que su vecino. En dirección al Oeste se concluye el horizonte en los cordones oscuros de la divisoria de aguas internacional. Más al sur, se distingue, al parecer casi a sus pues, la pequeña loma llamada de Las Yeseras, por su color claro que la diferencia de los cerros opacos que la rodean. Poco más allá de Las Yeseras se extiende el famoso valle de Los Patos, el que, lo mismo que el Valle Hermoso, parece un gigantesco anfiteatro en medio de aquellas elevadas cumbres que se divisan. Los dos valles son cruzados por el muy repartido río de Los Patos, el que, corriendo con muchas vueltas, termina por perderse bruscamente a mano izquierda entre unos abismos de paredes verticales. Y, sobre todo este panorama, también en dirección al sur, se destaca la solitaria y majestuosa mole del también llamado techo de América, el cerro Aconcagua. En verdad, todo ese presenta un aspecto grandioso a la vista que pocos militares habrán presenciado antes del cruce la cordillera por el Ejército de los Andes.

El paso/portezuelo del Espinacito toma su nombre de una loma angosta y de mucha pendiente y en varios tramos de roca viva, en que se baja a la quebrada del Alma Negra, un paso que no carece de peligros[30]. La distancia de esta jornada

[30] El geólogo Alfredo Atelzner, en su interesante obra intitulada "Apuntes sobre la Jeolojía y la Paleontolojía de la República Arjentina", proporciona la siguiente descripción de la bajada sur del portezuelo del Espinacito: "La bajada se efectúa por un camino bastante malo. Al principio se sigue a lo largo de la falda..... , pero luego se va bajando por un caracol de muchas vueltas repentinas

es de 25 kilómetros, medidos desde la confluencia del estero del Alma Negra y el río de Los Patillos. En tanto, entre Los Manantiales y el portezuelo del Espinacito se miden 15 kilómetros.

Hasta este paso el camino tiene rumbo Este-Oeste, cambiando en seguida al suroeste. Los Patillos se encuentra a una altura promedio de 3.650 metros de altitud.

La 10ª. Jornada iba desde Los Patillos a Los Patos, un cajón de buen piso con agua, pero sin monte.

Desde Los Patillos a Los Patos el camino se dirige al sur, cruzando los cajones de los afluentes izquierdos del río de Los Patillos, los de la quebrada Honda y del Peñón. Llegando al valle de Los Patos, se toma el río arriba hasta una loma baja que separa el cajón de la quebrada honda del valle de Los Patos y a cuyo pie oriental se encuentran varios corrales y casas de piedra.

De Los Patillos hasta este punto hay 19 kilómetros.

El valle de Los Patos se encuentra una altura de unos 2.800 metros. La bajada desde el paso del Espinacito al valle de Los Patos es bastante rápida, de manera que hacerlo de manera opuesta a cómo debe hacerse se haría a costa de muchísimo tiempo y esfuerzos.

Parece ser que el valle de Los Patos y el Valle Hermoso, que están divididos entre sí por un pequeño lomaje conocido como Los Cerrillos de Toledo, formaban antes un lago, rodeado por los cordones que se encuentran entre el Aconcagua y La Ramada, formando así una represa con las aguas del río de Los Patos. Es posible que por algún fenómeno geológico o telúrico se estrecha garganta por la que

---

de las cuales algunas sólo tienen el largo de 20 pasos, sobre un filo largo(espinazo) que ha dado el nombre al paso. Columnas, pináculos i pirámides de formaciones estrañas se destacan en las pendientes donde estas no están cubiertas de derrumbes." (Página 108.).

pasa el río entre el valle de Los Patos y la desembocadura del río de Los Chacayes o río de los Indios.

Se opina que quizá debido a tal eventual circunstancia ha resultado que se encuentren a esa altitud y entre cerros tan gigantescos planicies tan llanbas y extensas. El valle Hermoso tiene una extensión de 3 kilómetros de largo por 1,5 kilómetros de ancho, en tanto que el valle de Los Patos se extiende por 15 kilómetros, con 2 kilómetros de anchura. Sobre el carácter de estos valles es interesante notar lo escrito por el alemán Pablo Güssfeldt en su libro "Viajes en los Andes de Chile i la Arjentina": "Si alguna un nombre fué elegido acertadamente es este: *Hermoso* debia llamarse un valle en que la amenidad i la grandiosidad se han hermanado completamente. Un suelo verde, visible a la distancia, tendido con la apacible quietud de un lago inmóvil; rocas destrozadas i variadas en las orillas del rio; cadenas nevadas de muchas cumbres a los lados; la elevacion del fondo del valle a 3,000 metros sostenida en una estension de tres kilómetros: i una magnificencia de colores verdaderamente venecianos, cooperan a la belleza del espectáculo."[31]

El citado viajero, que entró al valle Hermoso viniendo desde Chile por el cajón del Rocín, describió la impresión que le produjeron aquellos cerros majestuosos que rodean esta hermosa comarca. De la siguiente manera: "De repente se avistó el Aconcagua. Fué aquel un momento de efecto inolvidable, quizás el mas poderosos de todo el viaje. Por bien preparados que creamos estar para estos acontecimientos, cuando se realizan nos ajitan con toda la violencia de lo inesperado…. Asi me conmovió el aspecto del Aconcagua. Sólo la admiracion de la gran creacion me habia llenado completamente el alma: se me suspendió el aliento i una sublime emocion se poderó de mí."

[31] Güssfeldt, Pablo. Viajes en los Andes de Chile i la Arjentina. Págs: 264 y 265.

El valle de Los Patos es de gran importancia para toda la región al norte del camino de Uspallata, no solamente por ser un gran centro de caminos sino también por sus recursos naturales, habiendo abundancia de pastos, por lo que en el verano allí se encuentran grandes majadas de ganado con sus cuidadores y se han edificado varias casas de piedra bien acomodadas para su estancia, así como amplios corrales.

En términos de dinámica de marcha, las jornadas 8ª a 10ª muestran el pasaje desde el encajonamiento fluvial a un cruce de altura (Espinacito) y, posteriormente, a un valle con mayor disponibilidad de pastos (Los Patos). Este cambio de entorno explica la importancia de los valles altos como espacios de recuperación relativa para animales de carga y como nodos de decisión para continuar hacia la línea de cumbres.

La 11ª. Jornada iba desde Los Patos hasta El Mercedario, un cajón pedregoso, con agua y sin monte. Hay dos diferentes denominaciones, Mercenario y Mercedario, cuyos orígenes se desconocen, siendo este último el más acostumbrado en Chile, y que se usa en estas páginas. Desde el valle de Los Patos, el camino toma dirección general desde el sureste al noroeste, cruzando primero el río de la quebrada Honda, poco antes de su confluencia con el río de Los Teatinos, tomando el cajón ancho de este hacia arriba, quedando siempre sobre la ribera derecha y subiendo con muy poco declive. El piso es pedregoso solamente en algunas partes.

La extensión de esta jornada es de 10 kilómetros, medidos desde la casa de Las Majadas, en el valle de Los Patos, hasta la desembocadura del río Mercedario, punto que se encuentra a una altura de 3.040 metros.

Esta fue la jornada más corta que hizo el Ejército Libertador, a pesar de que no tenía dificultades considerables de clase alguna.

La 12ª. Jornada transcurrió desde El Mercedario hasta Los Piuquenes, un cajón abierto, con una subida chica y una bajada chica también, sin monte, pero con agua.

Para averiguar cuál fue el punto de Los Piuquenes ha servido mucho el mapa de Toesca, levantado a fines del siglo XVIII por este ingeniero, el que abarca las partes superiores de las hoyas de los ríos de Los Patos, Choapa, La Ligua y Putaendo, resultando de este que dicho nombre se refiere al estero que nace en el paso de Las Llaretas y que se junta al río de Los Teatinos en el punto en que este camino deja este último cajón. El mapa de la Comisión Chilena de Límites no tiene nombre para este estero, pero pone la designación de "Vuelta del Camino" al punto de la confluencia. Hasta este mismo lugar, que se encuentra a unos 3.250 metros de altitud, debe haber sido calculada esta jornada, la que totaliza 16 kilómetros.

La observación del itinerario para esta jornada indica "subida de la segunda cordillera, chica, id. bajada." En cuanto a la subida de la llamada segunda cordillera, pareciera que el autor cometió un error, porque la subida a la segunda cordillera tuvo lugar en la 13ª. Jornada, pasando por el portezuelo/paso de Las Llaretas. Por lo tanto, la primera cordillera debió ser el paso del Espinacito.

El rumbo general de esta jornada, en que se caminó en buen piso y con poco declive por la ribera derecha del río de Los Teatinos, fue de sureste a noroeste.

La 13ª. Jornada fue desde Los Piuquenes hasta el pie del Portillo, un cajón de buen piso, suave, con agua, pero sin monte alguno.

En este tramo, se tomó primeramente la dirección al suroeste hasta el cajón del río Leiva, afluente del río Choapa, siguiendo desde el punto llamado La Angostura o La Junta de los Caminos/La Vuelta de los Caminos hacia el sur, esto es, cajón adentro. En esta jornada se cruzó la línea de la división de aguas. El paso de Las Llaretas es uno de los más bajos y cómodos de esta parte de la cordillera. Es tan suave su parte más elevada que es difícil darse cuenta donde está el límite internacional según la línea de división de aguas. La subida y bajada es sumamente suave y muy abierta y no ofrece ni la menor dificultad incluso para desplazarse en columnas anchas y a gran velocidad.

Esta jornada tiene 20 kilómetros de extensión. El paso de Las Llaretas se encuentra a 3.361 metros de altura, en tanto que La Junta de los Caminos/La Vuelta de los Caminos se encuentra a 2.982 metros y el pie septentrional del Portillo de Los Piuquenes está a 3.536 metros de altitud, en cuya falla norte se encuentran muchas vegas.

Al estudiarse detalladamente el mapa puede observarse que además de la ruta que se refiere a las jornadas XI, XII, XIII y XIV, y que forman La Vuelta de los Caminos, existe otro camino, el que parece más corto que el anterior. Este es el que conduce por la quebrada Honda, por el portezuelo del mismo nombre, y por el cajón del río Blanco al cajón del río Leiva. Esa ruta es, cuando menos, unos 15 kilómetros más corta que la de La Vuelta de los Caminos, pero tiene el gran inconveniente de ser mucho menos transitable que el camino por el portezuelo de Las Llaretas. Especialmente, ha de tenerse en cuenta, hay muchos derrumbes en la parte superior del cajón de la quebrada Honda, la que además aparece interrumpida por varios arroyos encajonados que forman más abajo el río de la quebrada honda. También es muy expuesta la subida al mismo paso, porque la senda pasa por una ladera empinada y en muchos tramos va sobre la roca viva. Este mismo paso tiene la forma de un portillo por donde siempre sopla un fuerte

viento. Se encuentra a una altitud de 4.163 metros. La bajada al fondo del cajón del río Blanco es también muy inclinada y se efectúa por terreno suelto.

Parece que inconvenientes iguales existen también en los otros pasos que se encuentran entre el de la quebrada Honda y el de Las Llaretas, en los portezuelos de Ortiz y de Golpe de Agua, lo que no excluye que por ellos hayan pasado pequeños destacamentos del Ejército Libertador.

La 14ª. Jornada fue desde el pie del Portillo hasta El Cuzco, donde ocurrió la subida del tercer cordón cordillerano, subida corta, bajada igual, con un cajón de buen piso, suave, con agua pero sin monte alguno.

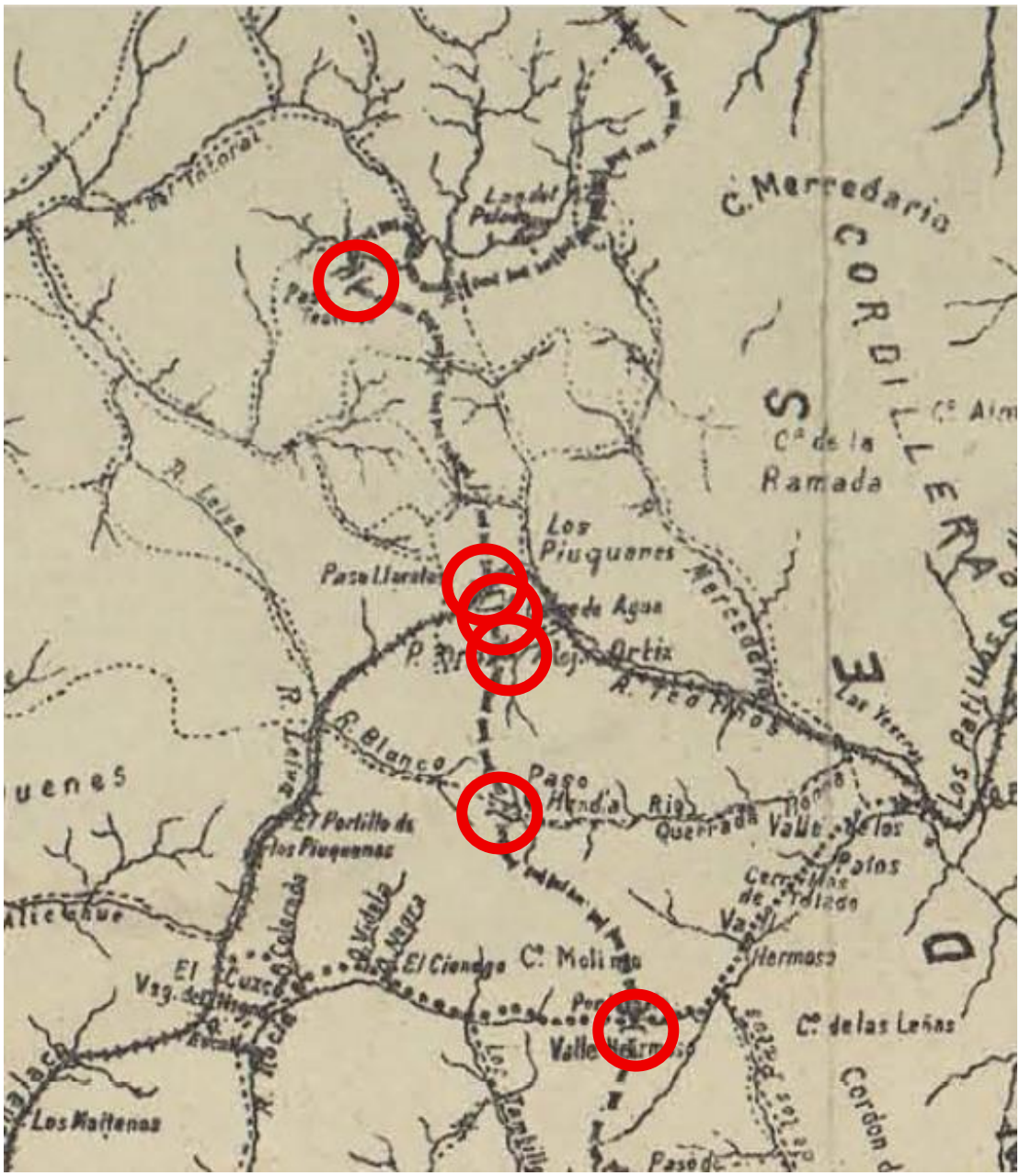
Desde el pie del Portillo hasta el cerro El Cuzco, la ruta toma en seguida el camino en dirección suroeste en declive regular al portillo de Los Piuquenes. El cordón que se encuentra entre los cajones de los ríos Petorca y La Ligua hasta la cuesta de Chincolco se llama Alto de los Piuquenes.

Desde el Portillo el camino baja con algún repecho, pero por piso suelto, a un cajón de fondo algo pantanoso y pedregoso, en que nace el estero de Alicahue, que más abajo, cuando se une al estero de Los Ángeles, pasa a llamarse río de La Ligua. En el punto en que este tuerce bruscamente hacia el Oeste, el camino abandona este cajón caracoleando hacia el Alto del Cuzco con bastante declive, pero la subida es corta y el piso no ofrece dificultades para acomodar la huella. Esta jornada es de 16 kilómetros. La distancia se ha medido hasta la quebrada de Los Escalones, pues no parece que el Ejército sanmartiniano se haya detenido en La Vega del Negro, donde se encuentra el nacimiento del valle del Chalaco.

La parte de la ruta de Los Patos, comprendida entre valle y el portezuelo del Cuzco por el de Las Llaretas, se llama, en general, como ya se ha dicho, La Vuelta de los Caminos, en contraposición al camino más corto que lleva desde el valle de Los

Patos por el valle Hermoso, por el portezuelo de este mismo nombre y por El Ciénego, en el cajón del Roncín, al portezuelo del Cuzco.

El Portillo se encuentra a 3.834 metros de altitud, el fondo del cajón de Alicahue, donde se le abandona, más o menos a 3.300 metros, y el Alto del paso del Cuzco a 3.525 metros.



Principales portezuelos en la línea de la divisoria de aguas de la cordillera.

Fuente: elaboración propia basada en cartografía histórica y descripciones de pasos y portezuelos en Espejo (1882) y en la toponimia consignada en reconstrucciones institucionales del Cruce de los Andes (Gobierno de San Juan, s. f.).

Ha de intercalarse aquí la descripción del otro camino que comunica el valle de Los Patos con el paso del Cuzco, y que va por los puntos anteriormente indicados.

Dicha ruta se puede dividir en dos jornadas.

La primera llega desde el valle de Los Patos hasta la confluencia del río Rocín con el de Los Tambillos. Primero, toma rumbo al suroeste por el valle de Los Patos y después por el Valle Hermoso. Al llegar al río de la quebrada Honda se abandona ese valle, dirigiéndose más al poniente, al portezuelo del Valle Hermoso, subida que solo en su parte inferior es de alguna repechada, en tanto que la parte superior y el trayecto por el mismo portezuelo es tan suave que solo con dificultad se podría saber en qué punto se encuentra la línea divisoria de aguas internacional.

Por el contrario, es sumamente áspero el camino en el cajón del río Roncín, que ya se encuentra en territorio chileno. Dicho cajón es muy oscuro, muy encajonado y en extremo pedregoso, y sus faldas son escarpadas e interrumpidas por derrumbes. Por lo general, este camino sigue el borde izquierdo del río, algunas veces bien cerca del lecho tortuoso, algunas veces más arriba por las faldas. El curso de la senda cambia muy a menudo por las frecuentes transformaciones del suelo causadas por los derrumbes y socavamientos producidos por las aguas. El trecho entre el portezuelo de Valle Hermoso y Los Tambillos es, después de la bajada del Espinacito, la peor parte de todos los caminos en el sector de la ruta de Los Patos. Esta jornada tiene 29 kilómetros.

En el valle de Los Patos y en el valle Hermoso se puede avanzar con mayor velocidad.

En este trayecto se pasa por las siguientes alturas:

Valle de Los Patos	2.900 metros
Valle Hermoso	3.200 metros
Portezuelo del Valle Hermoso	3.560 metros
Los Tambillos	2.834 metros

Hay bastantes recursos en lo que se refiere a pastos hasta el primer portezuelo de Valle Hermoso inclusive, recurso que escasea en el cajón del Roncín. La leña falta en todas partes, pero hay mucha bosta o estiércol del numeroso ganado que veranea en esas partes. En cambio, existe agua en abundancia en todo el trayecto.

La ruta recorrida en esta jornada tiene mucha importancia debido a que desde el valle Hermoso se puede entrar en contacto, por el cajón del río Colorado-Aconcagua, con el camino de Uspallata.

La segunda jornada se extiende entre Los Tambillos y el Alto del paso del Cuzco, por la quebrada de Los Escalones.

Desde Los Tambillos, el camino sigue el cajón del río Rocín hacia abajo, por lo general en un suelo más blanco y casi siempre en ambas orillas del río, el que no opone serios obstáculos para vadearlo en cualquier parte de su lecho. Sin embargo, el lecho es bastante pedregoso. En este trecho reaparece el monte y, además, hay varios lugares muy pastosos, como, por ejemplo, El Ciénego y las

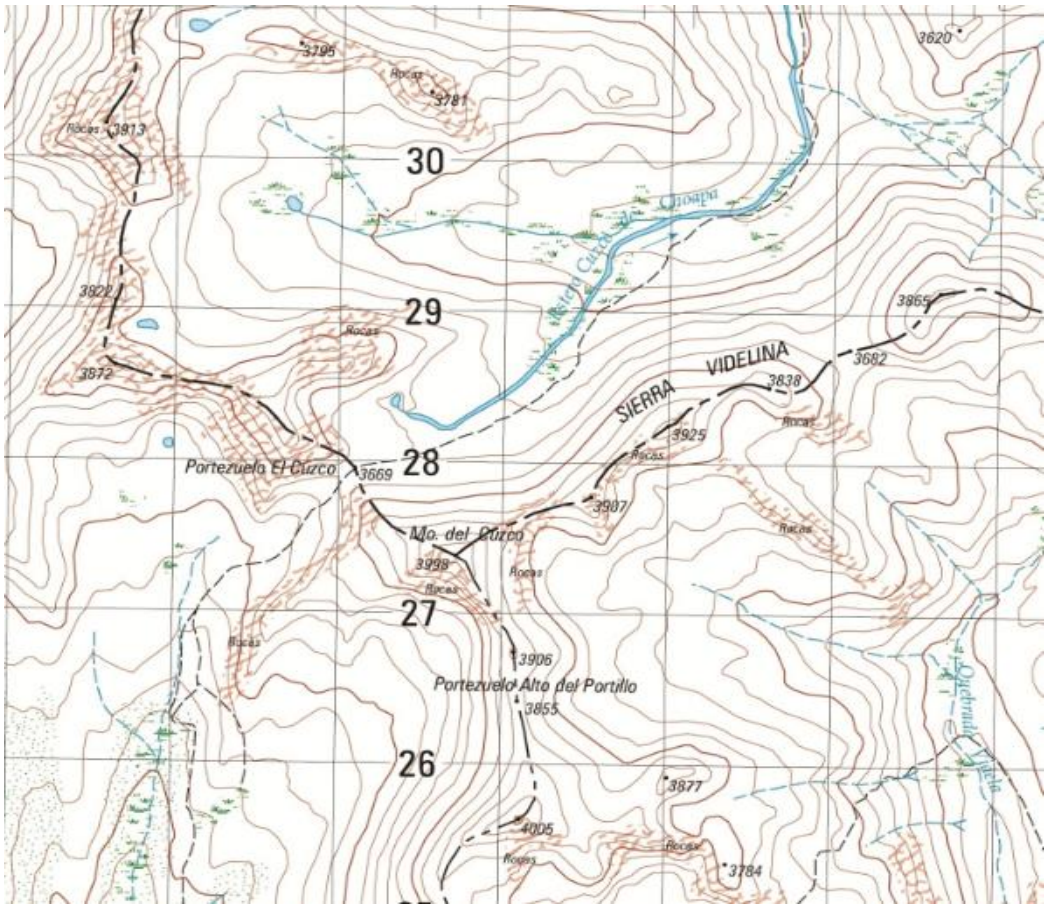
desembocaduras de las quebradas Negra y de Videla. Luego, después de haber pasado la quebrada Colorada, que debe su nombre a sus faldeos de tierra colorada, empieza la subida al Alto del Cuzco, que respecto al piso no tiene ninguna dificultad, ni siquiera para animales de carga. La circunstancia que dificulta el tráfico es la gran diferencia de altura entre el pie y el alto de la cuesta, que es de casi 1.000 metros en apenas 7 kilómetros, y la gran vuelta que da la subida, en cuyas partes superiores se encuentran cerca del camino varias manchas de nieve permanente. Alguna ventaja la dan los peldaños que se encuentran en la subida, tanto para reunir de vez en cuando la extendida caravana, en el caso, por supuesto del Ejército Libertador, como para dar un resuello a los animales. En el Alto del paso, cerca de La Vega del Negro, la ruta se junta con La Vuelta de los Caminos. Esa subida grande, que se puede subir con tropas numerosas solo en 3 a 4 horas, es el motivo por el cual, generalmente, se prefiere dar la gran vuelta por el paso de Las Llaretas y el Portillo.

La jornada desde Los Tambillos al Cuzco se extiende por 25 kilómetros, lo que hace que todo el trecho, desde el valle de Los Patos por el portezuelo del Valle Hermoso y El Ciénego, sea de 52 kilómetros, lo que significa 10 kilómetros más corto que La Vuelta de los Caminos, circunstancia que importa mucho cuando se trata de una marcha ligera con pocas fuerzas en que no influiría demasiado una subida tan larga.

Se debía pasar por las siguientes alturas:

Quebrada de Videla	2.795 metros
Quebrada Colorada	2.557 metros

Alto del Cuzco 3.525 metros



Sector de El Cuzco.

Ha de agregarse, además, otra observación geográfica militar. Al estudiar el mapa, tal vez extrañará ver que en el hecho histórico a que se refieren estas páginas se de tan poca importancia al camino que desde la quebrada Colorada conduce por la parte inferior del cajón del Rocín, que más abajo entra en el cajón del río Putaendo y que también sale de la región de los desfiladeros en el lugar llamado antaño Guardia de las Achupallas, ahora conocido como Guardia Vieja. Los motivos de por qué este camino no fue aprovechado quizá fueron los siguientes: en primer lugar porque el camino en el cajón del Rocín es sumamente malo y

sufre cambios muy frecuentes debido a derrumbes de los cerros y socavamientos provocados por las aguas del río; en segundo lugar, simplemente porque esa ruta no era de importancia en el caso que se trataba, en que el ejército invasor quería apoderarse pronto y con anticipación del Alto del Cuzco, de cuya ocupación dependía el dominio de los desfiladeros de los ríos Petorca, de La Ligua, Chalaco y Putaendo. Si el general San Martín hubiera pretendido invadir el territorio desde la quebrada Colorada por el cajón del Rocín abajo y por el cajón del Putaendo a la Guardia de las Achupallas, no habría conseguido nada mientras el defensor realista se mantuviese firme en el Alto del Cuzco, desde donde se podía perfectamente defender los dos caminos por los cuales el invasor trasandino debía avanzar desde el valle de Los Patos.

La 15ª. Jornada se extendió desde el cerro El Cuzco hasta Los Maitenes, un cajón angosto con agua, árboles y piso regular.

Desde El Cuzco a Los Maitenes, el camino sigue en dirección al suroeste, por el valle del Chalaco hacia abajo, cruzando el estero varias veces. Los Maitenes se llama una cuesta que se debe cruzar antes de llegar al estero del Chacai.

Esta jornada, en la que ya se encuentra bastante monte, es de 13 kilómetros de largo. La cuesta de Los Maitener se encuentra a una altura de unos 2.350 metros. En esta parte, la huella contiene trechos angostos y de roca viva.

La 16ª. Jornada fue desde Los Maitenes hasta La Guardia de Achupallas, actualmente conocida como Guardia Vieja. Se trata de un cajón estrecho con algunas laderas con agua, árboles y un piso un poco áspero.

Avanzando desde Los Maitenes a la Guardia de Achupallas, el camino sigue con dirección al suroeste, cajón abajo del valle del Chalaco. Es algo difícil la bajada de la cuesta de Los Maitenes, al fondo del estero de Chacai, y la cuesta del Tralhuén. En este cajón se encuentra ya mucho monte y los primeros domicilios fijos por el

lado chileno de la cordillera. La jornada es de 12 kilómetros. La guardia de la Achupalla se encuentra a una altura de 1.100 metros y estaba formada en tiempos del cruce de los Andes por el Ejército Libertador por algunas casas con huertos y corrales. En este punto, en lo que respecta al camino de Los Patos, la verdadera región cordillerana, ensanchándose tanto aquí el fondo del cajón del río Putaendo, que las condiciones de avance y combate pierden el carácter especial de la guerra de montaña.

El largo del desfiladero del camino c cordillerano por Los Patos son, por consiguiente, 131 kilómetros, medidos entre Los Manantiales y La Guardia de Achupallas, que muchas veces es llamada Resguardo de Los Patos y Resguardo de Putaendo.

La 17ª. Jornada ocurrió desde La Guardia de Achupallas/Guardia Vieja hasta San Antonio de Putaendo, un cajón un poco abierto, con agua, árboles y lugares habitados.

Desde La Guardia de Achupallas hasta el pueblo de San Antonio de Putaendo, el camino sigue al suroeste el cajón del río Putaendo. Desde La Guardia hasta Putaendo, como hoy, existían dos caminos, uno a cada lado del río. El de la izquierda pasa por La Ramadilla y las casas de San José de Piguchén. Tomando este camino, se debe cruzar el río Putaendo un centenar de metros más abajo de La Guardia de Achupallas. En tanto, el camino que baja por la derecha pasa por San Andrés del Tártaro y la antigua hacienda de los Vicuña, cruzando poco después a la ribera izquierda del río.

Parece seguro que el general San Martín tomó el camino que baja por la derecha, ya que los días 6 y 7 de febrero de 1817 formó su campamento cerca de San Andrés del Tártaro. Desde La Guardia el terreno permitía otra vez el tráfico de carruajes. San Antonio de Putaendo, pues, y como es bien sabido, era por esos entonces la primera población de cierta importancia en el lado chileno de la

cordillera, y se encuentra a una altura de 825 metros sobre el nivel del mar. La jornada se extendió por 23 kilómetros, si es que, como se afirma en estas páginas, se verificó por San Andrés del Tártaro.

El cruce de los Andes, pues, concluye en el pueblo de San Antonio de Putaendo. Lo que viene después de ese momento corresponde ya a la gesta emancipadora, que duró poco más de un año, desde Chacabuco hasta Maipú.